MIGUEL HERNÁNDEZ: ¿PASTOR POETA... O POETA PASTOR?

La destrucción de un clisé ideológico mantenido por el franquismo para ocultar al poeta Miguel Hernández y la primera noticia de la poesía de éste en la década de los sesenta en la España de la censura.

Andrés Salón (izq) junto a José Gelardo. Foto:Illán

ANDRÉS SALOM

Por Orihuela vivió
un cabrero que decía
¿descorazonarme yo?

Escribía Julián Andúgar, poeta de Santomera (Murcia), fidelísimo amigo de sus amigos y de afilado verso contra quienes consideraba, no sólo sus enemigos personales; sino más aún los que lo eran de la libertad y la democracia, en cuya defensa se dejó una pierna en el frente de Granada siendo capitán de infantería a los 22 años de su edad. Verbigracia:

Los valores eternos... ¡Los valores!
Y se abanica el bribón
con un paquete de acciones.

El primero de los dos tercetos que preceden hace alusión, naturalmente, a Miguel Hernández, un poeta de cuya existencia y circunstancia los que habíamos sido niños en la zona ocupada por los rebeldes durante la guerra civil de 1936-1939 tuvimos noticia por primera vez en los albores de la década de los cincuenta.

Se nos dijo que había sido un cabrero poeta. Pero no. Yo diría que más bien fue un poeta cabrero. Que no es lo mismo ni muchísimo menos.

Los poetas, dado que la poesía nunca ha dado de comer a sus autores, como no haya sido indirectamente -caso de José María Álvarez- siempre se han visto obligados a ejercer de algo que nada tiene que ver con darle al verso: de profesores (la mayoría de los contemporáneos), de abogados, de albañil (Eladio Cabañero), de cartero urbano (Sánchez Bautista), de niño yuntero:

¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esa cadena?

Que salga del corazón
de los hombres jornaleros
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.

Cantaba el propio Miguel Hernández (en su poema "El niño yuntero", de su libro *Viento del pueblo*), y lo canta actualmente Enrique Morente por fandangos de Granada, llamados de Frasquito el Hierbagüena. Y por otra parte, Pasolini escribía: "Este mundo nuestro, que quita el pan a los hombres y la paz a los poetas". Sin embargo, yo me pregunto: si la sociedad en que viven no les ne-

gara el pan y la sal a los poetas, ¿existiría la poesía? El autor de *El Evangelio según san Mateo* a veces se quedaba en la superficialidad de las cosas.

Sea como sea, allá por los años treinta del pasado siglo, abundaban los niños yunteros. A uno conocí yo, y además muy de cerca, que lo fue a la edad de entre los once y los quince años, con la particularidad de que, entre los ocho y los once, había sido porquerizo. Y estoy en condiciones de poder asegurar que los cerdos son bastante más ingobernables que las cabras.

El tal porquero-yuntero, siendo ya mayor -demasiado mayor- escribió también algunos versos. Por ejemplo:

La llevo aquí, me dijo.
Y al señalarse el pecho con el dedo,
no supe si quería
mostrarme su dolor o una medalla.

Su biografía, sin embargo, difiere abismalmente de la de Miguel en varios aspectos. Sobre todo en que el de Orihuela asistió al colegio hasta los catorce años, mientras que el que digo nunca ha entrado a una escuela, como no haya sido de visita. Pero, sobre todo, en que mientras que el autor de "La nana de la cebolla" ya estará gozando de toda su gloria en la paz de los Campos Elíseos, el otro todavía no ha pisado el primer peldaño de la escalinata que conduce, dicen, al Parnaso.

Ocupémonos, pues, de Miguel y dejémonos de ociosas comparaciones que, en este caso, resultan incluso ridículas.

Convencidos sin duda los gerifaltes del régimen franquista, entre ellos don Manuel Fraga, ministro de Información y Turismo -un intelectual al fin y al cabo- de que los poetas son del todo inofensivos, la obra de Miguel fue siendo cada vez más tolerada. Sólo aquello de *Y por doler los cojones del alma,* fue censurado. Si bien andábamos ya por los primeros años sesenta cuando el autor de estas líneas escuchó el nombre de Miguel Hernández por primera vez.

Fue en un acto cultural en el seno de la Universidad de Murcia en el que se leyó la "Elegía" a Ramón Sijé.

A casi todos nos pareció cosa de milagro, dando lugar con ello a que a muchos nos cayeran de pronto los palos del sombrajo, juntamente con la admiración que habíamos venido sintiendo por los Pemanes, Jaras Carrillo y por un tal Julián Sánchez Prieto. Más conocido este último -poetastro donde los haya- precisamente por El Pastor Poeta: uno de entre los que había venido constituyendo nuestras tortas a falta de pan en ausencia de auténtica poesía.

Fue por entonces también cuando empezaron a aparecer, en lo que a España se refiere, en revistas especializadas y en portadas de algunos diarios, los primeros panegíricos referidos a Miguel Hernández y a su obra: especies de aleluyas sobre las que los lectores de poesía nos dejamos caer como aves rapaces sobre sus presas.

El primero de los libros de Miguel que llegó a mis manos fue *Perito en lunas*; que, por cierto, no me satisfizo del todo. Pues a pesar de que mis conocimientos de los clásicos eran bastante superficiales y fruto de lecturas atropelladas y faltas del sosiego necesario, aquello me pareció Góngora puro, aunque sin la fluidez versificadora del cura-poeta cordobés. ("*De un blanco armiño el esplendor vestidos/ los blancos pies distinguen de la nieve/ los coturnos que calza este homicida").*

Años más tarde, tras una atenta lectura de *El rayo que no cesa*, por consejo del profesor Baquero Goyanes, tuve que cambiar de opinión.

Andrés Salom (Santanyi, Mallorca) ha publicado estudios de poesía y de flamenco. Escribe todos los miércoles una columna en el periódico La Opinión de Murcia. La revista *Ágora* y la editorial Nausicaä, de Murcia, publicaron una antología de su obra poética y prosística: *Los días de más allá del tiempo.*